

# La caridad pastoral

*Jean Galot*

**E**n la formación para el sacerdocio ministerial, la formación en la caridad pastoral juega un papel esencial. En efecto, como lo declara la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*: «Toda la formación de los candidatos al sacerdocio está orientada a prepararlos de una manera específica para comunicar la caridad de Cristo, buen Pastor»<sup>1</sup>.

## 1. Cristo, modelo de caridad pastoral

En el Evangelio vemos que Jesús se presentó como modelo de caridad pastoral. Esta caridad comporta muchas disposiciones anímicas fundamentales.

### 1.1. La sinceridad de la entrega

Jesús dio a entender el contraste entre su comportamiento de pastor y la conducta de los que lo habían precedido: «Todos los que han venido antes de mí son ladrones y salteadores... el ladrón no viene

---

<sup>1</sup> Juan Pablo II, exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, 25 de marzo de 1992, 57.

más que a robar, matar y destruir. Yo he venido para que las ovejas tengan vida y la tengan en abundancia»<sup>2</sup>.

Ya en el profeta Ezequiel se había subrayado un contraste análogo. Los pastores del pueblo habían sido interpelados en términos muy severos: «¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos!»<sup>3</sup>. Aquellos que habían sido encargados de velar en bien del pueblo, particularmente sobre las personas más pobres y desheredadas, no habían tenido otra preocupación que su propio interés. «No habéis fortalecido a las ovejas débiles, no habéis cuidado a la enferma ni curado a la que estaba herida, no habéis tornado a la descarriada ni buscado a la perdida; sino que las habéis dominado con violencia y dureza»<sup>4</sup>.

Estos reproches llamaron la atención sobre una cualidad primordial del pastor: una solicitud que se despliega generosamente, con un corazón particularmente misericordioso hacia los que sufren o que se descarrían. Esta piedad excluye toda violencia y toda dureza. La formación sacerdotal puede iluminarse con esta luz del antiguo Testamento: quien es destinado a ser pastor jamás podrá ceder a la violencia, más aún, ha de desarrollar profundos sentimientos de compasión que le impedirán ser duro en sus juicios y reacciones.

Sobre todo deberá formarse en una actitud de total entrega, donde no busque su propio interés, sino solo el bien del rebaño confiado a su solicitud. La responsabilidad que pesará sobre él se ilumina por el estado lastimoso de las ovejas, según el cuadro que traza Ezequiel:

---

<sup>2</sup> *Jn* 10, 8.10. Seguimos la traducción de la *Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1975.

<sup>3</sup> 34, 2.

<sup>4</sup> 34, 4.

«Mi rebaño anda errante por todos los montes y altos collados; mi rebaño anda disperso por toda la superficie de la tierra, sin que nadie se ocupe de él ni salga en su busca»<sup>5</sup>.

De cara a los pastores que «se apacientan a sí mismos» y no buscan sino su propio provecho sin cuidarse de las ovejas, Dios declara: «Aquí estoy yo; yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él»<sup>6</sup>. Él se propone procurarle buenos pastizales y conducirlo a su descanso. Anuncia que buscará las ovejas perdidas y curará las enfermas o heridas. Así cumplirá a la perfección su tarea de pastor.

Este anuncio se cumple en Jesús, cuando él mismo se declara el buen Pastor. Viene al mundo con la inmensidad de su amor divino que se manifiesta en todos los campos humanos por los que él cura a los enfermos y reúne a los descarriados. En la obra de la conversión de los pecadores su entrega no retrocede ante ninguna fatiga.

Él es aquel que vive para los demás, a la vez que aquel que vive para el Padre, hacia el cual quiere conducir la humanidad. Tal es la entrega que debe caracterizar al sacerdote: hombre que vive no para sí, sino para los demás y que está encargado de conducir los destinos humanos hacia el Padre.

## **1.2. El calor de los contactos humanos**

Al describir relaciones con sus ovejas, el buen Pastor afirma un conocimiento mutuo debido a contactos frecuentes: «Yo conozco mis

---

<sup>5</sup> 34, 6.

<sup>6</sup> 34, 11.

ovejas y las mías me conocen a mí». Este conocimiento refleja el que caracteriza las relaciones de Jesús con su Padre: «Como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre»<sup>7</sup>.

Tal conocimiento es una condición indispensable al ejercitar la tarea de pastor. Las ovejas no siguen al pastor sino porque lo conocen. El pastor «va delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz. Pero no seguirán a un extraño, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños»<sup>8</sup>. Refiriéndose a un detalle bien observado del comportamiento de las ovejas, Jesús llama la atención sobre un aspecto importante de la tarea pastoral: el pastor puede ejercer un influjo sobre los miembros del rebaño que le son confiados, en la medida en que los conoce y mantiene contactos con ellos.

No se trata de un conocimiento banal, superficial, porque Jesús traza un paralelo entre sus relaciones de conocimiento de pastor con su rebaño y el conocimiento mutuo que caracteriza sus relaciones con el Padre. Conocer las ovejas para guiarlas mejor pertenece a la misión que el Hijo ha recibido del Padre cuando ha sido enviado por él al mundo. Es un conocimiento íntimo, familiar, que permite ejercitar una acción en profundidad. Este conocimiento está animado por el amor. Afirmando que conoce a sus ovejas, Jesús no da a entender en absoluto que las conoce para juzgarlas o para condenarlas. Las conoce porque él lo ha querido, por amor, las conoce y les muestra el camino que han de seguir. Es un conocimiento que quiere ser esencialmente benévolo y alentador.

---

<sup>7</sup> *Jn* 20, 14-15.

<sup>8</sup> *Jn* 10, 4-5.

Se puede recordar a este propósito el diálogo con la samaritana, donde Jesús manifiesta el conocimiento que posee del comportamiento de esta mujer. Lejos de querer condenarla, busca provocar su conversión; cuando él habría podido interpellarla como juez inexorable, trata de hacerle comprender, con bondad, el culto «en espíritu y en verdad»<sup>9</sup> que él espera de ella, con el cambio de conducta que esto comporta. Revelándole su cualidad de Mesías, suscita en ella una adhesión de fe. El conocimiento que tenía de su pasado y de su presente no ha servido sino para animarla a poner orden en su vida y para acercarse en adelante al Mesías que se había presentado a ella como «el don de Dios».

La formación al sacerdocio debe preparar al seminarista en esta cualidad del pastor que trata de adquirir, por contactos personales, el conocimiento del otro, un conocimiento pleno de simpatía y de una simpatía que no queda paralizada por los defectos y errores del comportamiento. Hay una disposición esencial de benevolencia con respecto al otro, benevolencia que impide toda actitud de condena de las personas.

El sacerdote toma esta benevolencia del amor pastoral de Cristo. Debe resistir a las tendencias espontáneas que podrían orientarlo a juicios severos. Sin cerrar los ojos y sin querer abandonarse a ilusiones, él está llamado a reflejar la sincera estima que Cristo manifestaba incluso a los que la sociedad en que vivía relegaba como pecadores. En cualidad de pastor, conoce los dramas que pueden golpear las existencias individuales en las familias, mas tiene por tarea ayudar a los que se encuentran en una situación difícil o incluso desastrosa. Se

---

<sup>9</sup> *Jn* 4, 23.

esfuerzo, pues, por comprenderlo todo; se abstiene de juzgar el fondo de las conciencias, que le es siempre misterioso, y trata de hacer adoptar la mejor solución para los problemas que le son confiados. La benevolencia fundamental de Cristo, tal cual aparece en el Evangelio, es para él modelo que trata de reproducir.

### **1.3. El don de sí en el sacrificio**

Una vez que Jesús se declara el buen pastor, añade enseguida que el rasgo distintivo del buen pastor es el don de la vida: «Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas»<sup>10</sup>. Hablando de sí como «buen pastor», no expresa directamente la cualidad de bondad; en efecto, «buen pastor» significa el pastor por excelencia, aquel que realiza la perfección de pastor. Esta excelencia, Jesús la hace consistir sobre todo en el don de la vida.

Se trata aquí de una novedad, porque el cuadro de Yavé pastor del pueblo no comportaba este aspecto. Hemos visto cómo en el oráculo de Ezequiel Dios reaccionaba contra los malos pastores expresando su intención de encargarse él mismo del cuidado de su rebaño. Su amor de pastor aparecía en el cielo con que él procuraba buenos pastos al rebaño y en la solicitud particular hacia las ovejas descarriadas o enfermas. Sin embargo, este amor no habría podido ir hasta el don de la vida en sacrificio: para este don era necesario que tuviera lugar el misterio de la Encarnación.

Es en calidad de hombre como Jesús, siendo a la vez persona di-

---

<sup>10</sup> *Jn* 10, 11.

vina, podía efectuar este don. En él, en su naturaleza humana, la generosidad del pastor podía alcanzar un grado supremo, por la ofrenda del sacrificio.

Una anotación parecida habría podido ser hecha ya a propósito del conocimiento mutuo del pastor y de las ovejas. Ciertamente, Dios posee un conocimiento superior de todos los seres humanos y éstos acceden, por la razón iluminada por la gracia, a un cierto conocimiento de Dios; pero la Encarnación ha permitido una nueva relación de conocimiento entre Dios y los hombres. Las relaciones familiares de Jesús y de sus discípulos han abierto el camino a un conocimiento más concreto, más íntimo. Como pastor, Jesús vivía muy cerca de aquellos que le seguían y compartía con ellos su existencia en el mundo.

El don de sí en el sacrificio ilumina mejor la posibilidad que la Encarnación aporta al desarrollo del amor del pastor hacia sus ovejas. Como lo declaró expresamente Jesús: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos»<sup>11</sup>. Si el buen pastor se define como aquel que da su vida, es porque todo el sentido de la cualidad de pastor está en amar hasta el fin.

No solamente Jesús se atribuyó esta propiedad característica, sino que él la ha subrayado especialmente ante aquel al que él quería instituir como pastor universal de su Iglesia. A Pedro le confía el cargo de apacentar todo su rebaño: «Apacienta mis corderos..., apacienta mis ovejas»<sup>12</sup>. Ahora bien, este cargo pastoral, coronamiento del nuevo sacerdocio, está ligado al martirio implícito en el destino futuro de Pedro: inmediatamente después de haber pedido a Pedro que apacen-

---

<sup>11</sup> *Jn* 15, 13.

<sup>12</sup> *Jn* 21, 15-17.

tara sus corderos o sus ovejas, Jesús le anuncia en términos misteriosos su fin trágico, y le recuerda el sentido diciendo: «Sígueme»<sup>13</sup>.

Sin embargo, él no quiere significar con ello que a cargo de pastor convendría el martirio, porque enseguida evoca el caso diferente de Juan, el discípulo amado, que no tendrá la misma clase de muerte: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa?»<sup>14</sup>. Juan tendrá un fin menos tormentoso, una muerte más apacible, que no será la del mártir y que convendrá mejor a su destino personal. También él es pastor, como todos los Apóstoles, pero el don de sí que se le ha pedido tomará otra forma al término de su existencia.

En el martirio o fuera del martirio, el buen pastor da su vida. El caso más particular del martirio hace comprender mejor que este don ha de ser total. El sacerdote está unido, por su sacerdocio, al don completo que el Salvador ha hecho de sí mismo, y él es llamado a una vida sacerdotal que se caracteriza por el don de la persona en todas las circunstancias y a todas horas.

Donarse es, pues, lo que el seminarista ha de esforzarse por realizar de un modo habitual. Es renunciar a todas las ambiciones y prevenciones egoístas, olvidarse de sí mismo y vivir para los demás. Es lo que Jesús ha expresado de otro modo al declarar: «Quien pierda su alma (su vida) por mí, la encontrará»<sup>15</sup>. Enunciando este principio, él pensaba en el martirio, pero también en todas las formas de don de sí en que la persona humana tiene la impresión de perderse o en que ella se despoja de lo que le pertenece.

---

<sup>13</sup> *Jn* 21, 18-19.

<sup>14</sup> *Jn* 21, 22.

<sup>15</sup> *Mt* 16, 25 par.

El principio se aplica a toda existencia humana, pero más especialmente al pastor. A los primeros pastores, es decir, a los Apóstoles, Jesús ha pedido un don sin reserva, un don de todo su corazón y de toda su actividad. La profundidad de este don está claramente garantizada por la exigencia de renuncia a la vida de matrimonio y de familia. Jamás antes el camino del celibato había sido prescrito para una consagración a Dios. Jesús lo constituye en su propia persona en el primer modelo e invita sus discípulos a seguir su ejemplo. Así habla elogiosamente de quienes se han hecho a sí mismos eunucos por el reino de los cielos<sup>16</sup>. La imagen empleada muestra que él reconoce en el celibato un profundo sacrificio. En efecto, la renuncia al matrimonio afecta a las inclinaciones fundamentales de la naturaleza humana. Para los futuros pastores de su Iglesia, Cristo había, pues, reclamado el don más completo. Es lo que Pedro declaró: «Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido»<sup>17</sup>.

#### 1.4. La pasión por la unidad

Entre las disposiciones que se manifiestan en el buen Pastor, está la pasión por la unidad, la voluntad de formar un solo rebaño.

Jesús no limita su influjo de pastor a las ovejas que le siguen. «También tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a éstas tengo que conducir y escucharán mi voz; y habrá un solo rebaño, un solo pastor»<sup>18</sup>. Cuando en las palabras proféticas de Ezequiel Dios se hacía reconocer como verdadero pastor de su pueblo, la actividad

---

<sup>16</sup> Mt 19, 12.

<sup>17</sup> Mt 19, 27.

<sup>18</sup> Jn 10, 16.

pastoral se entendía únicamente en el cuadro del pueblo judío. Habiendo sido enviado por el Padre en misión al pueblo judío, Jesús no limita a este horizonte nacional el alcance de su actividad pastoral. Según el plan del Padre, él debe guiar las ovejas que no pertenecen a la nación elegida, y ser reconocido como su pastor, de tal manera que haya un solo rebaño.

Él conocía la distinción vigente hasta entonces que se hacía entre el pueblo judío y los otros pueblos, y la oposición ligada a esta distinción. Su ambición como pastor universal fue hacer desaparecer esta distinción sin suprimir los privilegios del pueblo elegido, sino más bien extendiéndolos a todas las naciones. Las ovejas extrañas eran ya sus propias ovejas, puesto que afirma: «También tengo otras ovejas...». Por derecho él era ya su pastor; de hecho, sin embargo, faltaba todavía que su autoridad de pastor fuera reconocida por todos. Pastor de todos, él podía reunir las ovejas de todas las naciones bajo su sola autoridad, y ser en persona el único pastor de un rebaño universal. Diciendo: «También a éstas las tengo que conducir», hace alusión a la voluntad absoluta del Padre, que ha querido esta unidad bajo el poder de su Hijo. «Las tengo que», es una necesidad cuyo origen es el designio del Padre.

En Jesús la pasión por la unidad es, pues, al mismo tiempo pasión por cumplir la voluntad del Padre: finalmente, por medio de él el Padre será Padre de toda la humanidad. Por la instauración de un solo rebaño y de un solo pastor, la única paternidad del Padre será reconocida en el universo. Este objetivo de unidad es tan elevado que se expresa en la oración sacerdotal. Jesús ha tenido la experiencia, en su vida terrestre, de querellas entre sus apóstoles. Incluso entre los que vivían más cerca de él, la unión estaba constantemente amenazada por rivalidades y ambiciones. En la oración formulada en el comentario de

la última cena, piensa en sus más cercanos discípulos, pero igualmente en todos aquellos que son llamados a entrar en su Reino: «Que todos sean uno. Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos sean también uno en nosotros»<sup>19</sup>.

Con esto él pide una unidad perfecta, semejante a la que une Padre e Hijo. Como el ideal de conocimiento mutuo del pastor y de sus ovejas derivaba del conocimiento recíproco del Padre y de Cristo, el ideal de la unidad de los cristianos deriva de la unidad suprema del Padre y del Hijo. Ellos no deben tan solo ser uno, sino «uno en nosotros», según las palabras de Jesús. De la unidad de las personas divinas brota en la Iglesia la unidad de las personas humanas.

La pasión por la unidad que animaba al buen Pastor está destinada a desarrollarse en todos aquellos que reciben de él el encargo de pastor. Todos los sacerdotes está llamados a ser apasionados por la unidad. La formación sacerdotal ha de participar de esta pasión y anclar en el alma de los seminaristas un profundo deseo de unidad. Los jóvenes que sueñan con el sacerdocio han de cultivar un espíritu de unión. Han de evitar todo lo que pudiera hacer de ellos hombres de separación o de división, han de rechazar todo lo que pudiera oponerles unos a otros o confinarles en un cierto sectarismo.

A ejemplo de Cristo, que ha querido abolir las barreras y que ha realizado por su sacrificio la reconciliación entre los hombres al tiempo que su reconciliación con el Padre, ellos han de comportarse como agentes de reconciliación. San Pablo veía su ministerio como ministerio de reconciliación<sup>20</sup>. La reconciliación obrada en el Calvario

---

<sup>19</sup> *Jn* 17, 22.

<sup>20</sup> *2 Cor* 5, 18.

significa en principio que ningún obstáculo puede impedir a los hombres vivir en buen entendimiento. Pero ella exige esfuerzos continuos, porque la unión no puede mantenerse sino gracias a los sacrificios de quienes son llamados a ella.

En el seminario, los candidatos al sacerdocio tienen la ocasión de formarse en las relaciones de amistad cultivando un clima de armonía. Jóvenes y ardientes personalidades que podrían chocar entre sí en los contactos cotidianos aprenden a respetarse mutuamente y a hacer triunfar la unión sobre los motivos de disensión. Ellos encuentran frecuentes ocasiones de comprenderse mutuamente en sus diferencias y de evitar todo repliegue sobre sí mismos en la división.

Además, este esfuerzo por la unidad está sostenido por la oración. El ejemplo de la oración sacerdotal de Cristo recuerda que la oración es necesaria para obtener la unidad, que es un don que viene de la unidad celeste. Pidiendo por las grandes intenciones de la unidad de la Iglesia, especialmente por las del ecumenismo, los seminaristas tendrán la atención atraída sobre la necesidad de unidad en el ambiente donde viven. Ellos esperarán de la oración la fuerza para ofrecer los sacrificios que comporta conservar la armonía en un grupo o en una comunidad.

## **2. El impulso dado a la caridad**

Cristo no solo ha sido el modelo del amor pastoral. Es también la fuente de este amor por el impulso dado de manera más general a la caridad. En la formación sacerdotal, importa acoger plenamente este impulso.

## 2.1. Novedad de la caridad

El evangelista san Juan de tal modo ha conservado la insistencia de Jesús en el precepto de la caridad, que por dos veces él nos ofrece la formulación del mismo después de la última cena. Una vez, Jesús dice: «Este es mi mandamiento»<sup>21</sup>, el mandamiento que le es propio, y en el que compromete toda su autoridad de la manera más palmaria. La otra vez, él subraya la novedad: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros»<sup>22</sup>. ¿De dónde viene más en concreto la novedad? Está claramente indicada: «Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (*ib.*).

La novedad aparece por comparación con el precepto enunciado en la ley judía<sup>23</sup> y citado antes por Jesús en su respuesta a la cuestión sobre el más grande mandamiento: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo»<sup>24</sup>. Según este precepto, es en sí mismo, en el modo de promover su propio provecho y de velar por su propio bien, como el fiel judío podía buscar la medida del amor que debía testimoniar al prójimo. Por el contrario, en el precepto evangélico, la medida del amor al prójimo consiste en el amor mismo de Cristo hacia sus discípulos: se trata de una medida divina. La novedad de la caridad reside en este hecho: los discípulos han de amar a la manera de Dios, porque han de amar a la manera que Cristo les ha amado.

Las palabras «como yo os he amado» están más cargadas de significación que si sólo fueran «como yo os amo»; hacen alusión al sa-

---

<sup>21</sup> 15, 12.

<sup>22</sup> 13, 34.

<sup>23</sup> Lv 19, 18.

<sup>24</sup> Mt 22, 39 pa

crifício, es decir, la culminación del amor. Ayudan a comprender mucho mejor que el amor al otro debe aceptar los sacrificios.

Jesús añade: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros»<sup>25</sup>. Con todo derecho, los lectores del evangelio pensaron aplicar legítimamente este signo distintivo de reconocimiento a todos los cristianos. Sin embargo, en el contexto histórico preciso del evangelio, este signo ha sido indicado por Jesús primero para los discípulos que lo rodeaban, es decir, para los primeros pastores de la Iglesia. El distintivo del pastor consiste, pues, en un amor que reproduce el de Cristo.

Este amor ha de regir en las relaciones entre los discípulos: Jesús, ya lo mencionamos, estaba preocupado por alejar en el porvenir las querellas entre los que él había llamado a la misión de pastores. Él deseaba que hubiera entre ellos relaciones de entendimiento fraterno. Este deseo conserva toda su actualidad. Es de la mayor importancia un sincero amor mutuo entre los que ejercen una misión pastoral en la Iglesia. Particularmente entre los sacerdotes ha de reinar un clima de fraternidad y de buen entendimiento. En la formación sacerdotal este clima ha de estar asegurado entre los seminaristas.

Además, cae de su peso que la caridad pastoral se ha de manifestar a todos. El ideal del pastor consiste en comportarse hacia todos los que son confiado a su cargo pastoral con disposiciones de amor que recuerden el rostro evangélico de Cristo. De manera más general todavía, el pastor está llamado a tratar con este mismo amor a todos aquellos con quienes entre en contacto y a mostrar un profundo amor

---

<sup>25</sup> *Jn* 13, 35.

lleno de simpatía a todas las personas, a todas las naciones, a toda la humanidad.

Uno de los objetivos de la formación sacerdotal es hacer al seminarista apto para la misión que le incumbirá de ser testimonio auténtico de la caridad de Cristo. La formación ha de clavar en él la convicción de que él debe dar a conocer el mensaje del Evangelio por el distintivo de un corazón abierto a todos. Como pastor, tendrá por misión asombrar al mundo que le rodea por la novedad de la caridad.

Esta caridad comprende múltiples aspectos, incluso es inagotable en su diversidad, porque amar como Cristo ha amado es tratar de reproducir cuanto es posible, sin alcanzarlo jamás, la gran manifestación del amor divino en la historia de la humanidad.

En las páginas evangélicas los seminaristas pueden, pues, ser invitados a anotar las diversas formas que toma el amor pastoral de Cristo, a intentar discernir mejor en los relatos que refieren los hechos externos, las disposiciones íntimas que esclarecen el sentido. Serán también conducidos a descubrir el ardor incansable de Jesús por los caminos de Palestina, la preocupación de procurar a los hombres la felicidad por la doctrina de las bienaventuranzas, la voluntad de ir al encuentro de todas las miserias humanas, yendo a la gente donde ésta vive, la benevolencia ofrecida a los pecadores y a las pecadoras, la negativa a condenar, la bondad solícita para ofrecer un socorro, el respeto, la estima y la confianza que conviene a las diversas situaciones, la amistad salvadora, el perdón de las ofensas, la piedad y la participación en los dolores de otros, el apoyo a la esperanza.

Este estudio del Evangelio permite un esfuerzo mejor orientado en la práctica personal del mandamiento nuevo del amor.

## 2.2. La Eucaristía, manantial de amor pastoral

La Eucaristía ha sido instituida como fuente de caridad. No es un azar el hecho de que el mandamiento nuevo haya sido formulado en el marco de la última cena. Jesús sabía que el mandamiento superaba con mucho las fuerzas del corazón humano dejado a sí mismo: amar a otro como Cristo ha amado, es algo imposible para quien no disponga de una fuerza venida de lo alto. La Eucaristía está destinada a procurar esta fuerza.

Ofreciendo a sus discípulos su carne para comer y su sangre para beber, Jesús los ha llenado de su propia vida, de su propio amor y les ha permitido amar como él mismo los había amado. Esta comunicación de su propia vida por la Eucaristía, ya la había anunciado comentando el milagro de la multiplicación de los panes: «Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado, y yo vivo por el Padre, también el que me coma, vivirá por mí»<sup>26</sup>.

Jesús recibe del Padre su vida de amor y la comunica a quienes toman parte en el banquete eucarístico. En esta perspectiva se podría hablar de un complemento de la doctrina de la caridad. Por la Eucaristía, Cristo hace capaces a sus discípulos de amar como él mismo ha amado, más aún él les da la fuerza de amar como el Padre en persona ama a la humanidad. Cuando prescribe amor a los enemigos, cita el ejemplo supremo del Padre que testimonia su amor a todos, amigos o enemigos, dando el sol o la lluvia a buenos y malos<sup>27</sup>. Como el Padre dona el pan del cielo en la Eucaristía, es su propio amor que, a través del amor de Jesús, viene a elevar los discípulos sobre los límites de su

---

<sup>26</sup> *Jn* 6, 57.

<sup>27</sup> *Mt* 5, 45.

corazón, permitiéndoles imitar un amor infinito y universal. Por parte de Jesús, la institución de la Eucaristía es un acto de caridad pastoral. Como buen Pastor, declara que ha venido para que las ovejas tengan vida en abundancia<sup>28</sup>. La Eucaristía tiende a comunicar esta abundancia de vida a los discípulos.

En esta abundancia de vida hay una fuerza de amor pastoral particularmente para los Apóstoles pastores de la Iglesia. Aquellos que por su misión de pastores debían ser testigos de Cristo, reciben por la Eucaristía la aptitud de llevar este testimonio siendo animados por la caridad propia del buen Pastor. En la Iglesia, el sacerdote encuentra, pues, en la Eucaristía una fuente siempre actual de caridad pastoral. Para que este manantial pueda alimentarlo es necesaria una condición, que Jesús ya había exigido antes a sus discípulos, inmediatamente después de la promesa de la Eucaristía: la fe. Según el relato evangélico, muchos de los discípulos, es decir, muchos de aquellos que habían sido llamados a ser pastores, no consintieron en esta adhesión de fe y abandonaron a Jesús. Así aparece el peligro de una falta de fe en la Eucaristía, es una tentación que amenaza especialmente las vocaciones pastorales. Para asumir plenamente su misión de pastor, el sacerdote ha de mantener y desarrollar una fe viva en la Eucaristía.

Los seminaristas son llamados a adquirir una fe vigorosa en la Eucaristía, a fin de recibir de ella una intensa caridad pastoral. El esfuerzo por imitar el modelo de Cristo no basta; ellos han de recurrir al alimento eucarístico para dejarse llenar del amor pastoral que pertenece a Cristo. La acción silenciosa de quien por la Eucaristía penetra

---

<sup>28</sup> *Jn* 10, 10.

en el fondo del alma tiene como efecto formar cada día más en el candidato al sacerdocio un corazón semejante al corazón del buen Pastor.

## **Conclusión**

El desarrollo de la caridad pastoral en la formación sacerdotal tiene su fuente en Cristo. Jesús es el modelo de esta caridad, especialmente por la sinceridad de su entrega, por un conocimiento familiar debido a frecuentes contactos humanos, por el don de sí mismo en el sacrificio, por la pasión de la unidad. él ha dado un nuevo impulso al amor al ejercitar a sus discípulos en amarse unos a otros como él los había amado y él les procura, por la Eucaristía, la posibilidad de realizar este amor.

Observando y meditando sobre el Cristo del Evangelio, el candidato al sacerdocio puede discernir mejor todo lo que comporta el amor pastoral. él está llamado particularmente a creer en la Eucaristía, destinada a formar en él un corazón pastoral semejante al de Cristo.

**JEAN GALOT**

Belga, profesor de la Pontificia Universidad Gregoriana en Roma. Ha sabido conjugar el estudio de la teología positiva y especulativa con el cultivo de la teología espiritual y ascética. Entre los títulos más importantes de sus obras destacan: *¿Quién eres tú, oh Cristo?*, *Jesús liberador*, *El corazón del Padre*, *El corazón de Cristo* y *El corazón de María*.